

E N C U E N T R O S
D E
P A L A B R A

Colección de historias escogidas  **UPAMI**

Relatos de alumnos y alumnas del
Taller Inicial de Escritura Creativa

UPAMI - Universidad Nacional del Sur
Segundo Cuatrimestre ~ 2025

ENCUENTROS
DE
PALABRA

Colección de historias escogidas 

La presente publicación es una compilación editada de manera independiente, únicamente con fines pedagógicos.

Su circulación es libre, pero queda prohibida su reproducción total o parcial con otros objetivos o con finalidad de lucro.

Editado en Bahía Blanca, provincia de Buenos Aires. Diciembre de 2025.

“Escribir es como abrir una ventana y dejar que el mundo entre en tu habitación”

Haruki Murakami

Prólogo

Por Lautaro Peñaflor Zangara (*)

Tengan la bienvenida a “**Encuentros de palabra**”. El presente libro digital es el resultado de un trimestre de trabajo, cada viernes, en el Taller Inicial de Escritura Creativa, curso que integró la propuesta para el segundo cuatrimestre del programa UPAMI, en articulación con la Universidad Nacional del Sur.

En estas páginas, encontrarán un relato de cada alumno/a que decidió participar de la antología. Los hay reales, ficticios e inspirados en la realidad, con distintas extensiones, de distintos géneros literarios y motivados por distintas búsquedas, propias de cada escritor/a. Irán apareciendo por orden alfabético, según el nombre de quien escribe.

El título del libro fue elegido por el grupo, entre distintas opciones, propuestas por los/as alumnos/as. Junto a la estética planteada, de alguna manera, representa el espacio lúdico que construimos, siendo las letras y las palabras nuestro insumo indispensable. Ese costado de juego también es visible en la elección del emoji presente en el subtítulo.

Los textos que conforman la publicación surgieron del taller y atravesaron el trabajo de reescritura, momento del proceso creativo en el cual se ponen en juego todos y cada uno de los temas que analizamos durante nuestras clases de cada viernes.

Notarán, al leer, distintos temas, estructuras variadas, narradores diferentes, personajes definidos, atmósferas envolventes, diálogos construidos, recursos expresivos, entre otros elementos. Quienes aquí escriben, decidieron qué herramientas, entre las analizadas, serían conducentes para contar su historia.

Justamente, sobre todas las cosas, en nuestro espacio partimos de la base de que todos/as tenemos historias para contar. De hecho, lo hacemos todo el tiempo. El desafío es encontrar cómo contarlas, construyendo una voz propia y genuina. Esa tarea nos convocó y aquí les presentamos los resultados.

¡Que tengan buena lectura!

(*) Licenciado en Comunicación. Coordinador del Taller Inicial de Escritura Creativa UPAMI-UNS.

Burbujas

Adolfo Etulain

Corré las dos últimas cuadras antes de llegar. El turno era a las ocho y eran menos cinco.

Agitada, abrí la puerta de vidrio, y ahí estaban: decenas de personas esperando, paradas y sentadas, mirando hacia abajo, quietas. Solamente una levantó la vista al verme entrar.

Respiré con pesadez y atravesé la bruma.

—Tengo turno para la resonancia —reclamé, aún agitada.

—Tome asiento, señora. Ya la van a llamar —me soltó la secretaria sin mirarme.

Me estacioné en un rincón, acomodándome el ánimo.

Una sensación de claustrofobia me invadió repentinamente. “*Debe ser por el estudio*”, pensé nerviosa.

Apoyada contra la pared, recorrió la sala con la mente, dejando los ojos quietos.

Noté que el ritmo de ingreso era muy pesado, como en cámara lenta.

La sala era una verdadera pecera, con todos los peces inmóviles; vivos o muertos, daba igual.

No había murmullos. El silencio era puro, sucio.

Me moví para que no se durmieran las piernas; ese mínimo gesto creó ondas tenues en el aire estancado.

Cada vez que la puerta se abría, un sobresalto me atravesaba. Un deseo de huir se instalaba junto a mi claustrofobia.

Noté en mi quietud que algo cambiaba levemente: una mirada, una sombra, un brillo en los vidrios.

El tiempo se había convertido en algo viscoso.

Al cabo de un rato que pareció interminable, me llamaron.

Un poco mareada y oscilante, di un paso al frente y sentí un leve burbujeo desprenderse de mí y subir.

No supe si era por la emoción del turno... o si la pecera empezaba a contenerme.



Paseo soñado

Amarilis Alba Márquez

Mañana soleada, silenciosa, sólo una brisa fresca despejaba la cara de María de sus cabellos cortos. Mientras caminaba, del mar sólo se escuchaban las pequeñas olas de la orilla, que rompían y bañaban de espuma blanca la arena. Por algún chirrido de gaviotas, advertía que no estaba sola.

La mente de María volaba y se llenaba de pasajes, de recuerdos, de un sinfín de imágenes. Algunas traían sonrisas, otras añoranzas y algunas otras, nostalgias. Su caminar no era lento, pero sí armonioso. Parejo, diría.

De regreso, y ya completando su rutina diaria, la alertó una voz que, aunque no reconoció, la alentó y la buscó sin dudar.

Era ella, su amiga, su compañera, su sombra en la infancia, con la que había compartido la niñez, cuando ambas vivían en este lugar, al que ella volvía siempre, y que hoy las reencontraba, después de una vida desconectadas por distintas circunstancias.

No hubo palabras. Sí risas desenfadadas y también lágrimas. La emoción había invadido el mágico paseo.



Él

Analía Estévez

Se enamoró de esa joven de intensos ojos verdes, fresca y audaz para la época: mi mamá. Él, serio, con humor pícaro, protector, con la mirada dulce y atenta que sólo los buenos pueden tener.

Pienso en mi infancia con vos y aparece Martín, ese muñeco que materné toda mi niñez y que nunca entendí cómo pudiste avisar a los Reyes Magos que era el que yo quería. Un héroe silencioso.

Extraño hacerte la torta de manzana que disfrutabas con el café más rico del mundo —según decías—, el que yo te preparaba. Reíamos a carcajadas de una broma de la que, con un guiño de ojos, me hacías cómplice.

Cada cumpleaños tuyo o mío, cuando yo ya era grande, nos tomábamos una cervecita juntos, solos los dos. Siempre teníamos algo para conversar: política, libros, películas... temas que a ambos nos interesaban.

Estoy desbordada de recuerdos y vida compartida.

Te fuiste demasiado pronto, tan pronto como cuando tuviste que dejar tu España natal. Pequeño inmigrante que tan sólo con cuatro años subió a ese enorme barco, aferrado a la pollera de su mamá, Mercedes, y con la mirada atenta de sus dos hermanas mayores. Nunca olvidaste esa experiencia y la contabas con el recuerdo lejano de esa aventura de asombro y miedo a la vez.

Ahí estaba “El Antonio Delfino”, buque tripulado por alemanes enormes, con gestos duros, fríos, desconocidos, decías.

Ese pequeño nunca olvidó los ruidos, el movimiento del barco, el encierro, el llanto de los niños y las voces de los alemanes que tanto miedo le daban.

Grande fue el asombro al llegar a las costas brasileras, cuando esos hombres de piel negra que nunca habías visto, subían gigantescos cachos de bananas y gritaban fuerte en otro nuevo idioma.

Ese viaje fue muy largo... tu vida, muy corta.

Sin demasiada educación formal, pero con gran esfuerzo personal, trabajaste mucho, formaste una familia a la que protegiste hasta después de tu muerte. Nos garantizaste vacaciones por años en un departamento cerca de mar.

Aún hoy, mirando ese mar, puedo vernos jugando en el agua, cada vez más adentro, profundo, desafiando las olas y revolcándonos de risas con bocanadas de agua llenas de gusto a sal y diversión.

Te nombramos muy seguido, te recordamos siempre.

Tus nietos son grandes hombres, tendrías que haberlos visto crecer, disfrutarlos como lo hice yo, estarías muy orgulloso. Tenés dos bisnietos: Valentín, una hermosa personita de once años, muy parecido a su papa y de chistes ingeniosos como los tuyos, y nuestra princesita Lola, de tan solo cuatro años, parlanchina y alegre, coqueta y con una imaginación increíble.

Todos dicen que nos parecemos mucho por dentro y por fuera.

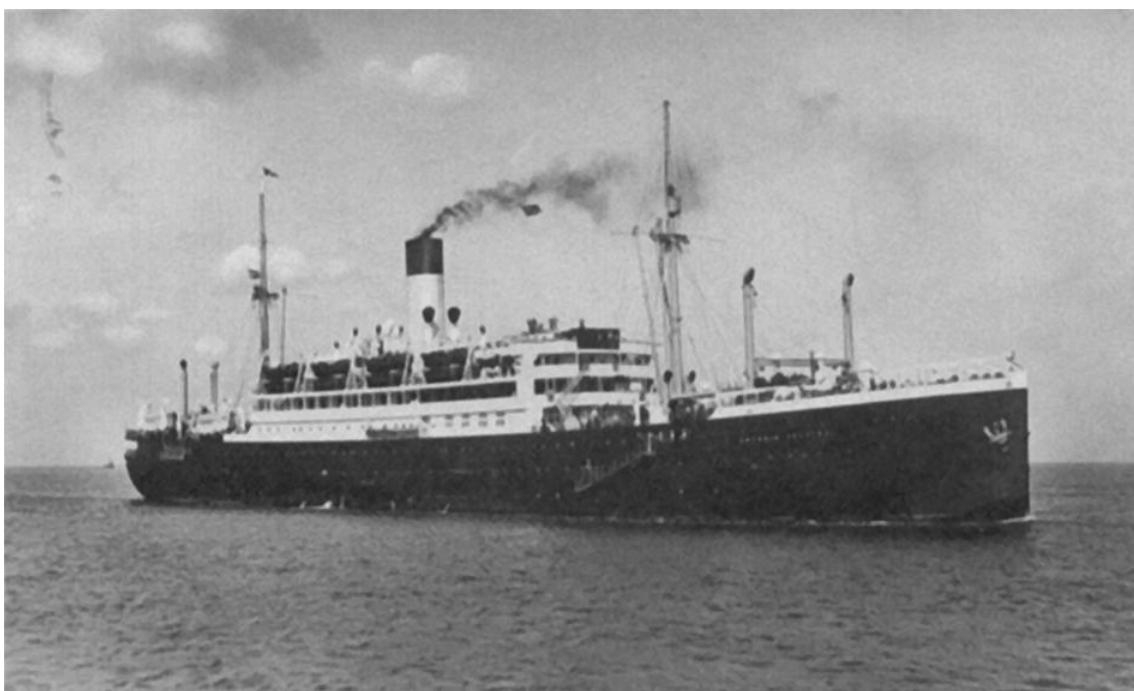
Dejaste huella...

La vida con vos sería más segura, más divertida, hasta creo que ahora te ganaría un partido de ajedrez, como tanto te gustaba jugar.

Heredé tu sonrisa, tu mirada, coincidimos en el humor, el gusto por la comida y el vino tinto.

Ahora, muchos años después, cuando ya casi tengo la edad en la que te fuiste, yo cuido de esa joven que amaste tanto.

Herencia de ser y hacer.



Emilia y su hija

Ana Gladys Faunquen

En un bosque de frondosos árboles, Emilia tenía su cabaña, compartida con su hija Lucía.

—Vamos, Lucía...

—Voy, un ratito más...

—¡Dale! Se hace tarde para la escuela.

—¡Ufa! Siempre lo mismo: escuela, cabaña, cena, y otra vez se repite...

Emilia se quedó pensando qué le pasaba a su hija, que estaba tan quejosa.

Después de limpiar sus pinceles y preparar sus cuadros para dejarlos en un lugar para la venta, decidió ir a buscar a Lucía a la escuela. Los chicos fueron saliendo en grupos o solos, pero su hija no asomaba, y se apersonó en el grado:

—Buen día, señorita Laura. Vengo por Lucía.

—Hola, ¿cómo Lucía? Hoy no vino. ¿Usted no estaba al tanto?

Las piernas de Emilia comenzaron a temblar. Tocó sus bolsillos para buscar su teléfono y advirtió que no lo tenía.

Buscó por el pueblo, habló con sus amigas, hasta fue al jardín de margaritas azules que estaba al final de la calle. Abatida, con miedo y con muchas ganas de llorar, volvió a su casa para tomar su teléfono y seguir buscando.

—¡Sorpresa! —gritaron todos al verla entrar.

—¿Qué es esto? ¡Lucía, estás acá! ¡Qué susto me diste!

—Perdón, mamita, quería hacerte este día muy especial. No siempre se cumplen cuarenta años...

—¡Y vaya que lo lograste! ¡Casi no llego! Mi corazón no resistió...

Su hija había estado hasta altas horas de la noche preparando su sorpresa, por eso le costó levantarse. Emilia se sintió muy orgullosa de Lucía, aunque tardaría un tiempo en recuperarse del susto que se había llevado.



Historia de un soñador

Autora anónima

En ese momento Juan Cruz era el centro de atención en la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires, que anualmente se realiza en las instalaciones de la Sociedad Rural de Palermo, conocido predio ferial.

No lo podía creer. Estaba rodeado de gente de distintas edades que compraba su libro de cuentos recientemente premiado y pedían que se los dedicara. Lo había llamado “Cuentos de un soñador”.

La emoción que sentía era inenarrable, lo obnubilaba, pero también se apoderaba de él una gran tristeza, ya que sus padres no podían disfrutar de su triunfo, puesto que habían fallecido en un accidente vial hacía ya varios años.

La historia de Juan Cruz se remonta a veintiocho años atrás, cuando nació en un pueblito rural de la provincia de Buenos Aires, donde sus padres tenían un almacén de ramos generales.

Sus padres provenían de hogares de gente trabajadora, luchadora, donde, si bien tenían una vida donde no les faltaba lo necesario, tampoco les sobraba por lo que no pudieron seguir estudiando más allá de la escuela primaria. Desde chicos tuvieron que trabajar, se conocieron cuando eran muy jóvenes, pronto se casaron y enseguida nació Juan Cruz, el primogénito de cuatro hermanos: otro varón y luego las gemelas.

Entrado en la adolescencia, Juan Cruz comenzó a ayudar en el almacén donde, entre otras cosas, llegaban diarios, revistas y algún que otro libro que devoraba con avidez.

La madre pronto notó el interés de su hijo y lo instó a que terminara el secundario, y así lo hizo. Gracias a su trabajo y a algunas changas que hacía para los vecinos, juntó algunos ahorros y, ni bien pudo, se trasladó a una ciudad cercana con universidad. Se anotó en la carrera de Letras.

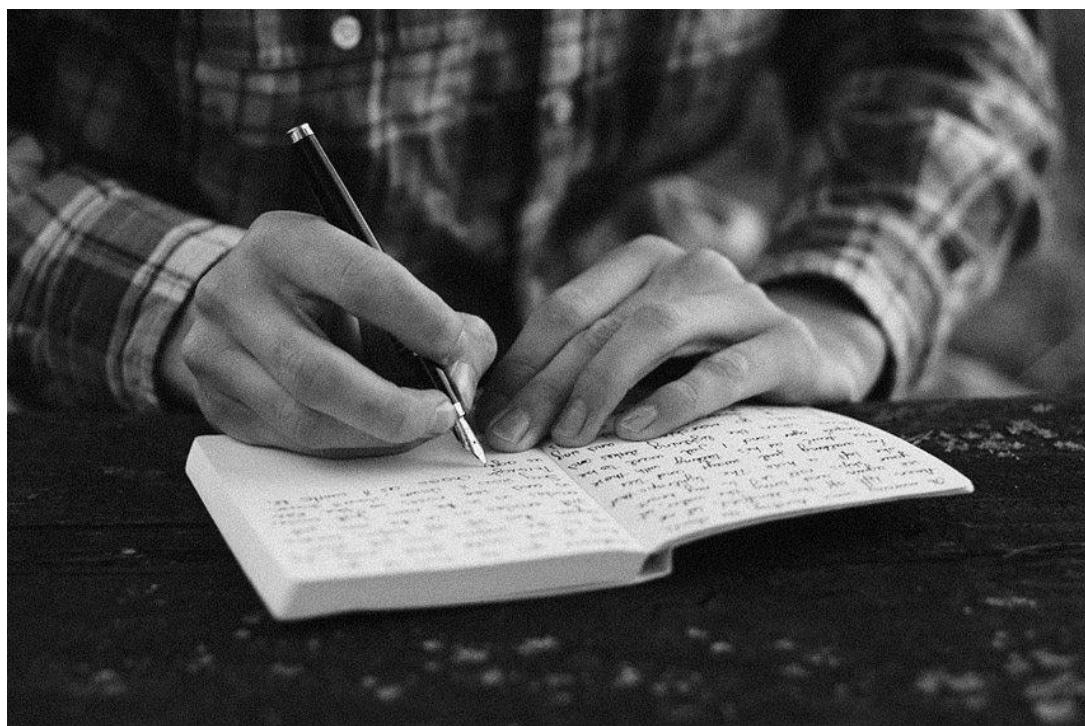
Además de estudiar, participaba de talleres literarios que le abrieron la cabeza con ideas nuevas que lo metieron de lleno en la escritura. De a poco se fue haciendo conocido en el ambiente y se presentó en distintos concursos literarios con resultados variados.

Al fallecer sus padres, y a pesar del dolor que sentía, debió ayudar a sus hermanos con el negocio. A todos les costó superar la tragedia, pero el joven sintió que la llamita de la escritura se encendía con más fuerza y volvió la inspiración. El resultado fue “Los cuentos de un soñador”, colección que cayó en manos de un editor que la publicó y lo instó para que la presentara en un importante concurso a nivel nacional.

Lo ganó y ahora estaba disfrutando de ese reconocimiento en la feria más importante del país.

Entre halagos y felicitaciones se tomó unos instantes para agradecer, en silencio, el apoyo de su madre, que lo puso en este lugar.

Fue en ese momento que entre el público divisó a sus hermanos, que lo saludaban con orgullo. Entonces, se dio cuenta de que estaba en el camino que tanto había soñado, y se sintió feliz.



Infancia

Carlos Alberto Teves

—¡Hola, Juan! ¿Cómo estás? Tanto tiempo sin verte... ¿Te acordás de mí? Soy Carlos, vivía en la avenida Tucumán, sobre mano derecha, segunda casa.

—¡Qué gusto verte! Sabés que te tenía en mi mente estos días, cuando me acordé esa infancia tan plena, de amigos, con los juegos que nos hicieron felices como a pocos.

—¡Sí! No puedo olvidarme de los partidos en el baldío de la esquina, las carreras en bicicleta hasta altas horas de la noche, ni del hermoso equipo que formamos.

—Tal cual... y tu vieja que te llamaba a tomar la leche y nos invitaba a todos, y cómo disfrutamos cuando nos enteramos que habían podido comprar la tele, la primera del barrio. ¡Y las tardes que estábamos todos en tu casa, hasta que terminaba la transmisión! Pobres tus viejos, qué genios, ¡lo que nos aguantaron!

—¡Qué hermosos momentos compartidos! Recuerdo que venían primero ustedes, los más amigos, y de a poco se fueron sumando los del conventillo que vivían a la vuelta de casa. Mi vieja, una santa, se gastó toda la paciencia. Por suerte, después de varios meses, cuando nos fuimos de vacaciones a Mar del Plata, se terminó el espectáculo.

—Ahora, cuando te veo, es como si volviera la sensación de aquella mañana de Reyes, cuando salimos todos a la vereda con los regalos recibidos, y estábamos vestidos con la camiseta de River. ¡Qué bien que la pasó el más grande de los Díaz, que nos hizo pedir a todos lo mismo y armó un equipo! No me olvido más.

—¡Un genio! Gracias a él, aún sigo con pasión por esos colores. Para colmo, en casa vivía mi abuela, que era una italiana bajita, pero toda dulzura, que era del Millo, y mis viejos de la contra... Encima, en el baúl que trajo de Italia había un par de cuadros que guardaba celosamente. Uno era de Evita y el otro de Labruna. ¡Se puso re contenta de verme de rojo y blanco! Era la nona que siempre estaba dispuesta a amasar los mejores pasteles o fideos que yo haya comido. ¡Ni te cuento las panzadas de uva con pan que nos comíamos a la sombra de las parras! Arrancábamos los racimos y los sumergíamos en un balde de aluminio con agua fría. Qué hermosos momentos... me emociono al recordar.

—Qué buena esta historia compartida. Siento que esa infancia fue hermosa. Ahora me tengo que ir, pero la seguimos cuando puedas.

—¡Claro! Nos vemos cuando quieras.



Pérdidas

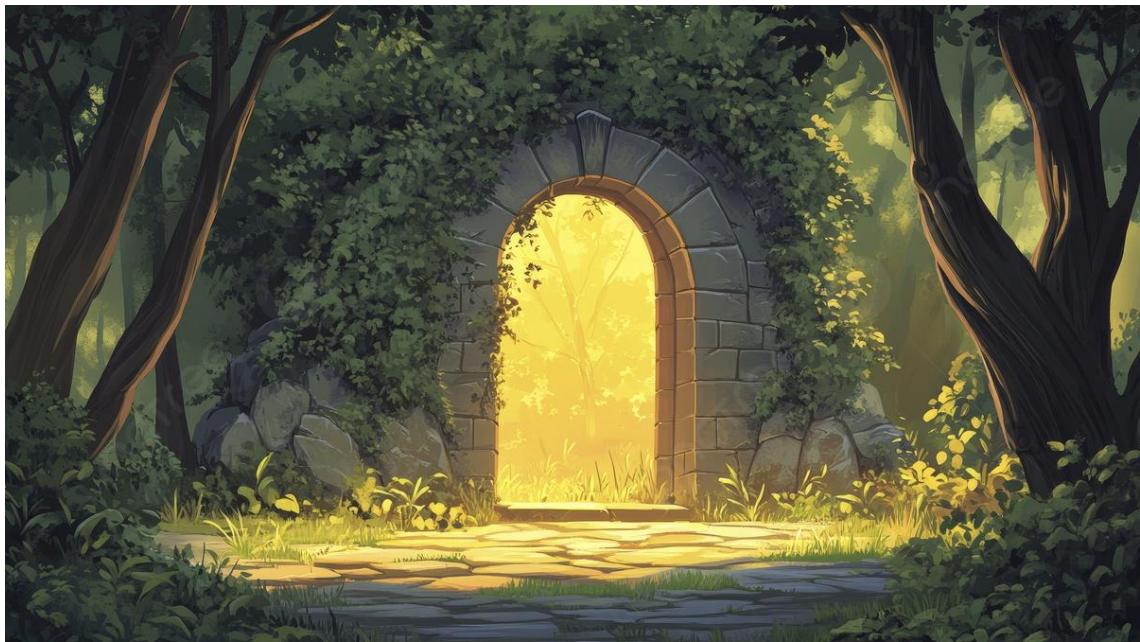
Claudia Feliú

“Pensé cómo serían tus manos y tus besos, cómo sería abrazarte a través del tiempo”.

Llegué a la calle aturdida, sin aliento. El corazón me estrujaba el pecho y las palabras resonaban en mi mente a borbotones, confusas y estridentes. No supe dónde ir. Me sentí perdida. Empecé a caminar torpemente. A llegar a la esquina, volví sobre mis pasos y lo vi. Un inmenso jardín colgaba del cielo y se abría ante mí. Todavía aturdida, comencé a caminar rodeada de flores y perfumada de rosas y jazmines. El camino estaba húmedo y verde. Los árboles cantaban en voces de vientos y pájaros de colores. Fatigada, me senté un momento y me quedé allí ensimismada en la magia de aquel jardín, como sumergida en un profundo sueño tan extraño a mí, tan lejano en ese tiempo. Por un instante fui feliz.

El aire refrescó de pronto y decidí retomar el camino. Avanzaba entre helechos y musgos. Al final del sendero, una bella puerta dorada se presentó ante mí. La abrí. Un olor nauseabundo me invadió. En la habitación, los cuadros flotaban invertidos unos sobre otros como un rompecabezas imposible de armar. No había muebles. Una niebla caliente ácida nublaba mi visión.

Sonaba a lo lejos un sordo ruido de tambores que hacían eco de un latido imperceptible en mi cuerpo. En la penumbra colgaba del techo una vitrina de cristal iluminada. Me acerqué y vi pequeños fetos hilados con venas azules, que escurrían sangre que llegaba hasta mis pies y manchaba mis zapatos. Aguanté el vómito y, atravesada por el dolor, recordé el camino a casa.



Sorpresa

Cora Mendoza

Mamá murió el día de mi cumpleaños. Cumplía 45 y cuando la fui a despertar de su siesta diaria se había ido.

Los trajines de desarmar la casa fueron grises y llenos de asombro. Entre todas sus cosas estaba la caja antigua, de galletas, de metal oxidado, en la que mamá guardaba fotos; tenía un vidrio redondo y partido en uno de sus lados, por el que asomaba un collage de caras.

Ahí encontré la foto. Escondida en el tumulto blanco y negro, entre las de muchos finales de años escolares míos y de mis hermanos, las de vacaciones en la playa y fiestas de cumpleaños.

Ahí encontré la foto. Un niño con un globo azul me miraba, media sonrisa y flequillo aserrado. Estaba en una calle desierta de un pueblo norteño. Me llamó la atención, no era de ninguno de nosotros. La di vuelta y escrito con la letra fina y puntillosa de mamá, decía *“Mi pedrito. 1974”*.

Pasó un mes, justo exactamente un mes, nos volvimos a encontrar en la mesa del mate de los domingos a la tarde.

Faltaba ella. La extrañábamos.

Llevé la foto y se la presenté a mis hermanos, así, de golpe.

—¿Alguien sabe quién es este “Pedrito”?

—¿Quién? ¿De dónde sacaste esa foto? —contestó Mariela.

—De la caja de fotos de mamá. Y lo que más me asombró fue esto —en ese momento, les mostré la inscripción de atrás.

—¿Mi Pedrito? ¿1974? Nosotros no existíamos, si yo nací en el 81 —dijo Andrés, levantando los hombros con cara de duda.

—Para mí, esta foto es una gran pregunta. Voy a averiguar hasta enterarme de quién es. A la primera que le voy a preguntar es a la tía Julia.

Seguimos con los mates y el muestrario de mantas y tortas.

Ella estaba ahí. ¿Yo había encontrado la foto de casualidad?



La madreselva

Cristina Cantamutto

En el patio de mi casa, sobre la pared medianera, hay una madreselva. No recuerdo haberla plantado, creo que creció para revivir mis sentimientos. Ese perfume me envuelve, me transporta a los días felices en la casa de mis padres.

Papá sentado frente al jaulón, mi hermano jugando con los camioncitos que se armaba con cajas de cartón y maderas usadas, y la madreselva abrazando nuestras ilusiones, perfumando la alegría de ser felizmente inocentes.

—Papá ¿por qué estás sentado aquí? —pregunta con su voz pequeñita.

—Mirando los pajaritos y admirando su sutil vuelo, comparable con el de las mariposas.

—¿Y por qué los tenés ahí encerrados? —esos *por qué* propios de su corta edad, que se repiten cual martilleo incansable. Me parece escuchar la respuesta, con su voz calma y un tanto ronca:

—Porque muchos de ellos no tenían ya a la mamá y no había quién les diera de comer.

—¿Y por qué no tenían mamá?

—Porque algún cazador furtivo, se la llevó...

El diálogo se desvanece en mi memoria.

¿Será que la madreselva creció en mi patio para recordarme ese tiempo hermoso? ¿Para tener presentes esos momentos irrepetibles de mi historia?

No sé, pero es un aroma nostálgico que me invade de felicidad y recuerdos.



El río lleva muchos años herido

Gabriela Alejandra Torre

Desde hace un tiempo empecé a traer a la memoria imágenes que quieren borrarse en el momento justo que empiezo a recordarlas, como si prefirieran no decirse, o no pudiésemos contarlas, y quedaran esperándonos.

Postergo el momento de escribir porque no encuentro las palabras.

El río lleva muchos años herido, pero igual se deja recorrer, creando una trama. Las imágenes vienen de lejos, desde mi primera infancia en La Carolina, sí. Tenía siete años y era el último que pasaríamos ahí donde había nacido. Un pueblo chico, aunque, para nosotros, el mundo. Mi padre era empleado de la actividad minera para ese entonces. Ya no era el mismo, desde el año en que mamá enfermó se había puesto parco, como si le hubiesen quitado una parte de él, la parte viva, y hubiera quedado un fantasma. El trabajo empezó a ocuparle todo el día. Las personas grandes, haciendo y haciendo, guardan tristezas y con ellas arman paredes y desaparecen.

“*¿Se puede morir de tristeza? Y de amor también*”. Yo creo que mamá murió de amor cuando su guagüita al nacer no respiró. Mi hermana menor hubiera sido. Y papá, en su búsqueda de metales preciosos, también las siguió buscando a las dos.

La zona de San Luis siempre atrajo a muchas personas a lo largo de los años, ya desde la época colonial, la conocida “fiebre del oro”. Una esperanza que cada cual la imaginaba a su manera.

El Río Amarillo es el protagonista de esta historia. “*Habría sido el sonido del nombre el que lo haría dar que hablar. Amar y yo*”.

En las radios, las noticias pueden llegar a ser condenas. *Ese Verano* (así se llamaba el programa de la emisora de mi pueblo) dijo:

“Los hermanos de la empresa estadounidense Marshall&Marshall por un contrato millonario llegan a los sueños del Amarillo y con ellos, el progreso”.

También en los pueblos, más allá de las noticias, los chismes revolotean se saben cosas porque sí nomás.

De los Marshall, uno de ellos, el que tenía un perfil cinematográfico lo más parecido a Paul Newman en la película “Padre e Hijo” (así decía la señora del comisario Navarrete, seguidora de los ídolos de Hollywood de las primeras épocas), no había regresado más a sus pagos en el extranjero. Su hermano mayor, sí. Anda siempre haciendo puntas, un poco acá, un poco allá.

Dicen que al yanqui de película se le endulzó el bobo con la Belinda, la más chica de los Ortiz. Tiraron el rancho abajo para sus quince. Míster Anthony va seguido de visita con la excusa del ajedrez. Parece que el gringo despunta el vicio con Don Pancho, que ahora hace la vista gorda cuando el visitante le habla al oído a su hija en los fondos del patio.

—¿Gustar a usted señorita hacer un viaje *conmigo* y salir del pueblo?

—No sé si corresponde, Míster.

—¿Y si usted fuera como Mrs. Marshall?

—No me haga subir los colores, señor.

En el ambiente de pueblo no era fácil ser libre. Belinda seguramente pensó que debía seguir la misma historia de su madre, que a su vez había seguido la de su abuela, y algo de despedida había en ese pensamiento.

Más allá de estos sobresaltos, entre lo foráneo y lo propio, las mañanas de bateo en La Carolina llegaban tranquilas hasta el fondo. Sacar pepitas del río como pececitos de oro con mi hermano Juan, era nuestro trabajo, pero también nuestro juego. El agua se dejaba, la vida era mansa en el pueblo que nos había visto nacer.

Dicen que los hijos del medio, como mi hermano el Juancito, van juntando el frío de la familia, algo así como *el hijo congelado*. Tanto habrá sido que al Juan se le paralizó la lengua. Ni una palabra le sale desde que murió mamá.

Los dos nos cuidamos, yo le hago de intérprete y él me salva cuando alguno de la banda de los chicos camorrea. Es morrudo el Juan, como papá.

Podría decirse, el río también lo sabe, que hay un destino de lo cíclico. La calma nunca es perfecta, tiene una mano cómplice, la tormenta. Y algo sucede.

Con el cerro Tomalasta como testigo inmóvil, una excavadora de los Marshall le abrió el pecho al río. El gran espectáculo de la Carolina: una máquina venciendo a un río por *nocaut*.

En la explotación no hay corazón que aguante y la vida en el pueblo se fue apagando de a poco, como mi Amarillo, que se impone igual desde la ausencia, y conversa con los árboles. Se repite como un eco. Él dice que mientras haya alguien que lo recuerde, va a estar ahí, completo.

Entonces, yo le converso, con él comparto secretos.

—Me hubiera gustado vivir siempre acá con vos, sabés. Me dio mucho miedo cuando nos fuimos, miedo de un día volver y que no haya nada. Papá me contó que cuando era pequeño, metía los piecitos en tu agua y sentía que crecía, “*se le soltaba el cuerpo*” decía. La abuela curandera nos confesó a Juan y a mí, cuando queríamos hacer lo mismo, “*que era cosa muy seria, como limpiar el alma era*”.

Ahora me acuerdo de ese día, sí. Habíamos salido chapoteando a la carrera, queriendo provocar alguna magia. Y nos habíamos llenado los bolsillos con puñados de pepitas...

—Vas a cerrar los ojos. Vas a imaginar un Río deseando que no se produzca ninguna demora. Vas a hacer el viaje de regreso. Retener en él un espíritu. Y le vas a decir que ya está, que estás ahí.



Suave gorjeo

Julia Ester Semper

Paisaje agreste, calmo, solitario.

Paisaje agreste, con pequeñas cascadas que en la lejanía juegan traviesas, coqueteando con el sol, cómplice iluminador de la tierna escena.

Ella es joven, bella, ojazos enormes, verdes, como lejanía en el mar.

Él, esbelto, tan varonil como apuesto, rozando las cuerdas de su guitarra, irradiando amor en su suave entonar.

Una mano de ella, sobre él posada. Su dulce voz expresando:

—¡Todo es tan bello!

—¡Cuánta paz! —parece responder la suave brisa.

Un tierno gorjeo se acopla al de los pájaros.

Se empañan los ojos, se enternecen las almas. Y, entonces, sólo entonces, ese es el Edén.



Imagen generada con inteligencia artificial

Pasó en diciembre

Laura Monzón

¡La comunicación fluía con tanta facilidad! ¡Se sentía tan percibida! Lo mejor de todo, había vuelto a reír. ¡Eso era simplemente MARAVILLOSO!

Al principio, lo único que quería era conversar y estimular la mujer que, en ella, estaba olvidada.

No le dio mayor importancia.

Ni siquiera guardó para sí la fecha de la primera charla.

La tarde del veinticinco de diciembre de ese año la derrumbó por completo.

Ese día habían estado en el hogar de la familia, como siempre desde hacía una vida atrás. En medio de la reunión, como siempre, él quiso irse para llegar a la casa de ambos a echarse a dormir.

Ella se sintió desoladamente sola, y, aunque se había dicho que esperaría hasta aclarar todo, le escribió. Se dio como excusa saludarlo por la Navidad.

El calor insistía con intensa pasión.

Lo que él decía la convidaba con el pensamiento reflexivo y la paz. Esa paz que hacía un matrimonio y cuatro hijos atrás, no sentía.

Sólo habían pasado dos días y el calor de diciembre y el de la conversación se presentaban con frescura, casi naturalmente. Los dos daban permiso a sus palabras. Ella, además, desbloqueó los mandatos que habían sostenido sus días antiguos.

Las palabras se hicieron cuerpo.

Se paró en la esquina de siempre. La 502 paraba ahí. Ecuador y Granada.

Se paró a la sombra porque en ese diciembre el calor era tan opresivo como su vida.

Eran las 15: 30. El encuentro sería a las 16.

Su corazón palpitaba tan fuerte que estaba segura que lo escuchaban desde afuera. Era el palpitar que se siente cuando se tiene la convicción de estar haciendo lo clandestino, el palpitar de lo deseado por muchos, tal vez, demasiados años. Tantos como sus años de matrimonio.

Una mínima ráfaga de aire caluroso, impulsó un suave movimiento de la ligera tela de su vestido nuevo. Un vestido a la rodilla que dejaba ver jóvenes piernas de más de cincuenta. Lo estrenaba esa tarde. Lo estrenaba para él. No. Lo estrenaba para ella misma. Se daba el permiso. Se daba el permiso de hacerlo por y para ella.

Se abrieron las puertas del colectivo y recibió una bocanada de aire fresco desde el interior. Su mamá le había mencionado, alguna vez, que esa era la única línea con aire acondicionado. En esos años era la única línea que tenía todo su recorrido por calles asfaltadas.

Se sentó en un asiento individual. El sol quemante se opacaba tras sus anteojos oscuros. No se los puso por el sol. No quería ser reconocida. Ese recorrido lo hacía a diario, hasta dos o más veces por día y no quería tener que dar ninguna clase de explicación de porqué salía con tanto calor.

Las calles se hacían infinitas y el paisaje conocido se hacía nuevo. Era el camino de siempre, con un giro de rumbo en su vida. Su mente la acosaba con una sola pregunta ¿Está mal?

El infinito recorrido llegó a destino. “*Sigo*”, se dijo tan susurrado que ni ella se escuchó.

Ya había tocado el timbre, el chofer detuvo la marcha y miró hacia atrás para verla bajar.

Un auto la esperaba. Un auto y él. Ella sabía que estaba hermosa como nunca antes.

¿Está mal?

Las bocas se encontraron. Aquel beso calmó su ansiedad. Así comenzó su nueva historia. Otros caminos la esperaban.



Imagen generada con inteligencia artificial

La tesis de Cacho

Luz Nely Chavez

A ritmo de negro y candombe, de sonrisa y lágrimas, dejo este suelo de Artigas y vuelo al compás de los cascos, sustento y cobijo de quienes clasifican los desechos en los cantegriles de Montevideo.

Cuatro columnas heráldicas, elevándote a sangre transfundidas, corren y vuelan, unen su corazón al tuyo.

—¿Te acuerdas cómo te decían los gurises del bajo?

—¡Sí! Rey de los Cartoneros —*Cacho se ríe*—. Te seguimos extrañando, cuenta, a tu manera. ¿Cómo te recibieron?

—Bueno, ahí estaba Él, el más amable, y le dije: me llamo Cacho. “*¡No! Ese es tu nombre de fantasía. Tu nombre, digo*”, me respondió. ¡Ah! Rubén Isidro Alonso, soy un cura callejero, como los más pobres de Uruguay, bueno, soy simplemente Cacho de los cantegriles.

—Decime, Rubén, ¿por qué fuiste a vivir a esas barriadas?

—Porque siempre las vi como al verdadero Cristo, el de carne y hueso, con ellos hablo el mismo idioma, como con ellos en su mesa y yo sabés que hasta andamos con el termi bajo el brazo.

Él se ríe sin mirarme.

—Tomamos mate, sabe, lástima que no traje yerba para que lo pruebe.

—Bueno, Rubén, esto no es un interrogatorio.

—Hemos visto tus angustias, pero también tus esperanzas.

—Cacho, contá lo que te dijo una vez Manuel Pereira, el gurú, como le decían en el barrio.

—Padre, hablás muy bonito, pero no sé si te vas a animar a venirte al barrio. A los pocos días me fabricaron una casilla, allí me mudé sin pensarlo mucho.

—Yo recuerdo a la Pali, que te desafió: “*no nos diga que nos va a enseñar a pescar, porque ya nos robaron la caña, el anzuelo, la carnada y hasta los pescados, Padre*”.

—Bueno, ya es hora que subas nuevamente. El viejo Rafael lustró ayer el carro y ensilló su caballo plateado, hasta lo cepilló. Para que no te olvides de nosotros, a coro te decimos: se va nuestro Rey Salomón de los Cartoneros.



El padre lo hizo

Marcela Bringue

Arroyo Corto es un pueblo pequeño, muy tranquilo, de pocos habitantes, donde los chicos van a la escuela y dejan sus bicicletas apoyadas en los árboles de la vereda. Más de uno, por ir pensando en el picadito del potrero, la dejó olvidada. Allí estará cuando la busque.

La charla de las vecinas en la mañana, mientras barren la vereda, no tienen desperdicio.

—María, ¿sabe usted que la hija de Don Pedro se fue a estudiar a la ciudad?

—“A estudiar” le dicen ahora...

—Está educada en la fe.

—Tiempo al tiempo, ya veremos...

La conversación es interrumpida por el tendero del pueblo que va apurado a abrir su negocio y, al pasar, les dice:

—Dejen de chismotear y apuren con las compras, que me duele la rodilla, seguro llueve.

Así, entre charlas y pronósticos personales, van pasando los días, en su mayoría, sin sobresaltos, casi monótonos.

Hay una pequeña emisora vecinal, “Somos pocos pero buenos”, que funciona con la colaboración de los lugareños, quienes aportan novedades, chistes, música y hasta algún chisme.

Hoy la radio sonó distinta, todo era alboroto. Por un momento no se entendía de qué hablaban. Comenzó cuando los llamaron de un medio nacional para preguntar por el párroco del pueblo, Don Luis. Cada oyente empezó a sacar sus propias conclusiones, el teléfono no paraba de sonar con distintas conjeturas. Algunos curiosos se arrimaron hasta la radio. Cuando el locutor logró poner orden, informó que les solicitaban buscar al padrecito para hacerle una entrevista.

Localizarlo no fue nada sencillo. El cura estaba ordeñando las vacas y, con la paciencia que lo caracteriza, se hizo esperar bastante. Casi todo el pueblo se había juntado en la puerta.

—¡Padre, padre! ¿Qué pasa?

—¡Padrecito! Cuente, cuente...

—Calma, hijos míos, seguro son buenas noticias.

¡Y vaya que lo eran! Lo entrevistaban por un proyecto que él, Don Luis, había presentado hace tiempo, para que se declarara la Fiesta de la Tortilla Arroyocortense de interés nacional. Un plato elaborado por todos en el pueblo, con un montón de variedades que le habían llamado la atención, o el apetito, desde el día que por primera vez llegó al pueblo.

—Estamos transmitiendo desde “Somos pocos pero buenos” para informarles que pronto llega la gran Fiesta de la Tortilla. Se llevará a cabo en la plaza del pueblo. ¡No se podrá comenzar, hasta no tener la bendición del Padrecito Luis!



Mi niña guerrera

María Cecilia Ballesteros

La ciudad... con sus sordos sonidos, esos que se dejan de escuchar.

La ciudad llena de ojos que no miran otros ojos, llena de soledad.

De trenes que no descansan en su ir y venir y puertas que se abren y se cierran.

A veces la escalera mecánica, otras una corrida peldaños abajo para alcanzar el subte.

Otro día más en la ciudad monstruo.

Otro día más para mi niña. Mi pequeña gran niña.

A veces atrapada, a veces libre

A veces paralizada, a veces llena de vida.

Porque ella tiene una fuerza increíble.

Ha tenido la fuerza para sobrevivir.

Se acostumbró a la gran ciudad desde pequeña, cuando veníamos al médico.

Y se acostumbró al hospital, a los ruidos mecánicos de la terapia, entrelazados con la sonrisa de alguna enfermera y las imágenes del eco doppler color.

Aprendió a adaptarse a la inmovilidad en una cama, con sensores y vías y a recibir amor de quienes la cuidábamos, también de los médicos.

Aprendió de contrastes.

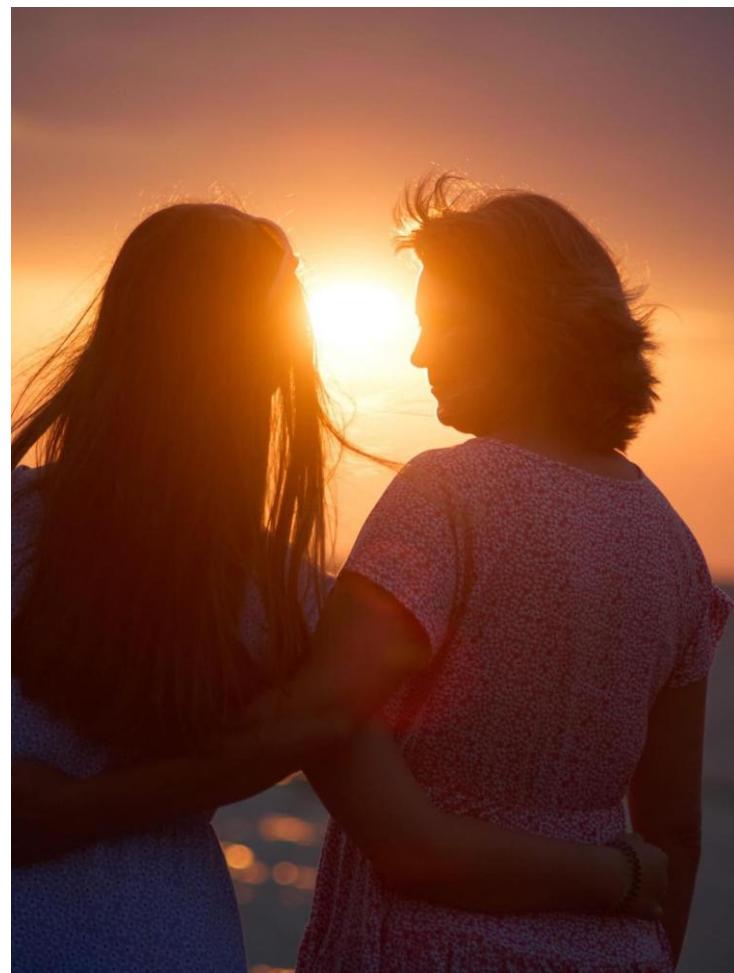
Aprendió la alternancia de los días difíciles y los días bellos en que salíamos a disfrutar de algo en esta ciudad. Otras luces, otros ruidos, otros olores. Porque en la ciudad también se puede disfrutar.

Porque los monstruos, aunque asusten, siempre tienen algo bello y esta ciudad no es la excepción.

Quizás por eso, cuando creció, mi pequeña gran niña eligió para vivir *esta ciudad*. Ahora le toca enfrentar otras parálisis, otras circunstancias que atan y agobian. Los desafíos cotidianos del vivir en armonía en medio de los peligros de la soledad, la indiferencia o el anonimato.

Y, otra vez, mi pequeña gran niña, mi guerrera, presenta combate y resiste para crecer y sanar.

Tal vez por eso que aprendió de chiquita, de poner sencillas bellezas en medio de lo árido es que no empieza sus días sin abrazar a su compañera, su perrita querida, y pasearla un ratito antes de ir a trabajar como si en este ritual obtuviera la fuerza para empezar el día.



El secreto

María del Carmen Brion

Un suceso, una imagen, pueden permanecer impresos sólo cuando estas evidencias son evocadas en la criticidad de su significado. Así, adquieren vida y dan sentido a la memoria colectiva, rescatándolas del silencio. De esta forma, ideas, pensamientos, van construyendo la historia vivida en la comprensión de la complejidad social.

En la década del setenta, la Argentina se vio sumida en una etapa de “terrorismo de Estado”. Las acciones de esta época se caracterizaron por el despojo de derechos y valores inherentes a la naturaleza humana, asistiendo a la operatividad de un régimen político dictatorial, cuyos siniestros episodios ocurrieron en la cotidianidad de la gente.

Pienso que cierta distancia da luz a aquello que se rescata auténtico, que ha entrañado desafíos y dificultades, aún cuando el gobierno trató de negar con la imposición de la metodología del terror.

Pero el pasado vuelve y se hace acto en las palabras, reclamando justicia ante la desaparición forzada de vida.

La desaparición que encierra “EL SECRETO” mejor guardado y ocultado: LA MUERTE.

En el acontecer del diario vivir, la radio local LU2, medio poderoso de comunicación, anunciaba la desaparición de dos de sus trabajadores gráficos: Enrique Heinrich, secretario, y Miguel Ángel Loyola, tesorero del gremio afín.

Un frío amanecer del dos de junio del setenta y seis, a diez kilómetros de Bahía Blanca siguiendo la ruta 33, y en el paraje “La cueva de los Leones”, yacían dos cuerpos inertes, asesinados.

La ciudad despertaba conmovida, sintiendo la vulnerabilidad en su propia esencia, deshechos sus lazos, rotos sus vínculos.

Pasado el tiempo, bosque esclarecer la razón de los hechos y, al decir de Carlos Heinrich:

—Enrique, mi hermano, vivía en una casa humilde, una habitación y una cocina comedor, no se enriqueció con el gremio, al contrario, ponía plata y luchaba por las desigualdades.

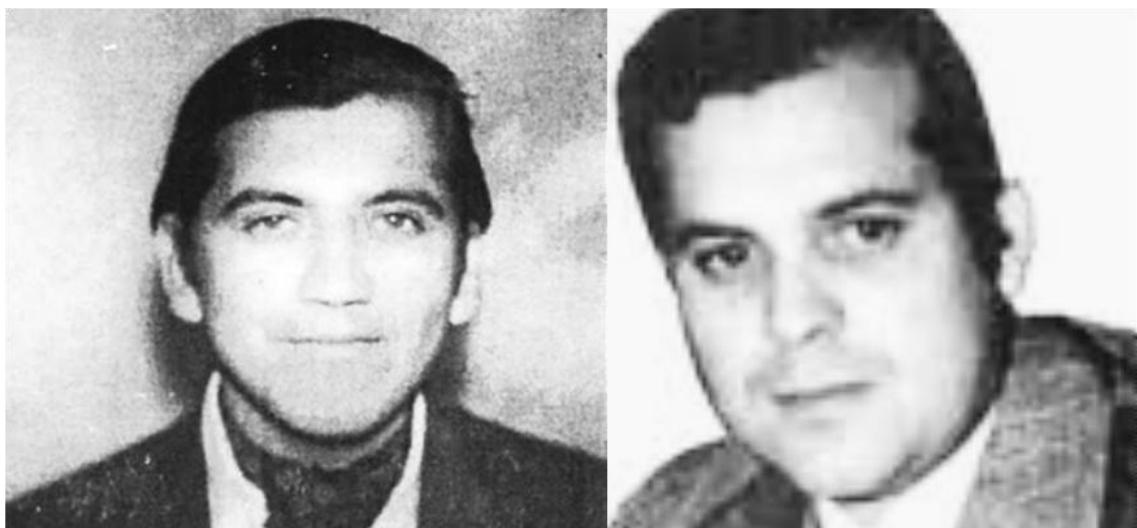
—¿Heinrich sospechaba que lo vigilaban, dado el cargo que ocupaba en el sindicato?

—Él me decía que algún día le iban a pegar un susto, una paliza. Estaba la situación jodida con los gremialistas, eran hostigados por la jefatura de la empresa. Nunca pensó que lo podían matar.

—¿Dónde lo secuestraron a tu hermano?

—En su casa, cuando volvía de trabajar, a las tres de la madrugada. Cenó, se acostó y, según mi cuñada, se escucharon gritos afuera. Abrieron la puerta a patadas. Eran como siete u ocho. “Somos de la Federal. Lo llevamos por averiguaciones”. Los chicos lloraban... mi hermano pedía que no le hagan nada ahí, por los chicos. Mi cuñada preguntaba dónde lo llevaban, ella luchaba para que no se lo lleven y ellos le dijeron “no tema señora, que mañana lo va a encontrar”. Tenía cinco hijos.

“Algo habrán hecho”. El desasosiego fomentado en la inocencia de la gente, la incertidumbre de la búsqueda sin su respuesta y el miedo irracional que abrumaba por “poder ser el próximo”.



Una tarde en que el hambre trajo esperanza

Griselda Rebollo

Nuevamente apurada, voy llegando al merendero, tarde fría pero apacible, sin viento. Las mesas están casi listas, con las paneras y jarros para la merienda. Los chicos se acomodan algo alborotados y deseando empezar. Olor a pan tostado, mate cocido y cascarilla inundan el lugar. Allí aparece Juampi y pienso “cuánto creció”.

Su pelo despeinado, la remera con polvo y la mochila abierta. Sus ojos cansados, como faroles que no alumbran. En tres años nunca dejó de venir.

—¿Qué pasó hoy? Llegaste más tarde y tenés una carucha...

—Un día duro, seño, ayudando a mi viejo, cartoneando, un quilombo... todo re pesado.

—Se nota tu cansancio. ¿Te sirvo el mate y las galletas con dulce? Quedan muchas.

—Sí, porfi, estoy cagado de hambre. Hoy ni un sánguche, no paramos desde la mañana.

—¿Cómo estuvo el día? Te veo molesto...

—Y sí, seño. Mi viejo estaba cruzado. Me tiene re cansado, posta, no lo aguento. Le pongo onda, pero estoy hecho puré. Me duele todo.

—Sí, no es fácil. Después hacemos la tarea, ¿querés?

—Sí, sí... la tengo colgada, re. La maestra va al palo, no entiendo nada.

—Ya hacemos todo, campeón. Acá podés bajar un cambio y aflojar un poco.

Bajó los hombros, terminó de mordisquear el pan y me dijo “*gracias, seño, ya me bajó la bronca. Quiero aprender*”. Sus ojos tenían ahora un poquito de luz.

Al despedirnos, Juampi me miró y mientras lo veía alejarse hacia su casa, entendí que la esperanza se construye de a dos, con paciencia, escuchando y con un mate cocido entre las manos.



Feliz encuentro

Nelly del Carmen Gómez Vargas

Sentada en un café en absoluto silencio. Observo el ambiente. Pido un café capuchino. Saco de mi mochila el cuaderno de apuntes. Me distraen las risas. Son tres jóvenes que brindan exclamando “*¡feliz encuentro!*”, palabras sugerentes para iniciar una escritura.

Pero... me encontraba sola. Miré mi mesa y vi ese lápiz: ¡Mi fiel compañero! Lo tomé en mis manos. Algo de esas dos palabras me detiene. Las dejo entrar y es en ese instante cuando mi lápiz cobra vida. En silencio le digo:

—¡Gracias por estar siempre! —el lápiz se inclinó dejando caer su sombra sobre el papel como quien se acomoda para escuchar mejor—. ¿Sabés que nos parecemos mucho?

Él no responde, pero escribe. Se desliza suave, casi cómplice, dejando que mis pensamientos se vuelvan trazo.

—Tu apariencia es fuerte. Estás recubierto por un caparazón que sostiene tu interior. Por dentro sos frágil, dejás huellas, como mi caminar por la vida. Viajamos sobre las páginas, a veces de manera torpe, tropezando con nuestras letras. Cada palabra es un nuevo comienzo que borra la sombra del miedo. Nos gastamos por dentro. Dejamos parte de nuestra esencia, haciendo florecer la historia. Aprendo mucho de vos, mi querido lápiz. Me dejo llevar. Escribir es dibujar mi propio camino. Suelto la magia de soñar encontrándome conmigo misma.



Vacaciones inolvidables

Nilda Schavinsky

De vacaciones en la montaña, Flor y Gael, con autorización y advertencias de sus padres salen a explorar el bosque. A sus doce años y criados en la ciudad, para estos amiguitos el paseo es una apasionante aventura: se maravillan a cada paso con el agua que fluye desde los manantiales, con el canto de las aves, con el olor a bosque propio del profundo mantillo que cubre el suelo... Todo es novedoso para ellos y se divierten saltando de una a otra roca, escondiéndose, trepando árboles, probando frutos.

Al pasar junto a un arroyo, un fuerte resplandor proveniente de su cauce les llama la atención. Dejan sus zapatillas sobre una gran piedra de la orilla y entran en el agua cristalina. Debajo divisan unas extrañas piedras de color azul zafiro y su brillo iridiscente los fascina. Incapaces de controlar sus movimientos, las manos de Flor y Gael son atraídas hacia las piedras con una energía irresistible y, ni bien las toman, son atrapados en un vórtice que, a manera de un tornado, los envuelve y los traslada durante minutos que se les antojan una eternidad. En forma abrupta, son depositados en un lugar desconocido.

Con miedo y asombro, Gael y Flor no dan crédito a lo que perciben sus sentidos. Los rodea una fuerte luz uniforme: no se divisa la fuente de la cual proviene, tampoco se ven sombras y el cielo es de un suave tono rosado. En el aire flota un aroma dulzón semejante al de los caramelos frutales. Están pisando una superficie firme, transparente, como vidrio, que permite ver las generosas raíces que se hunden profundamente en ella y los pies descalzos de los niños sienten una inquietante vibración, muy sutil y poderosa a la vez. Las plantas se parecen a las que cultivamos en nuestros jardines y su porte es el de los árboles, de colores diversos y extrañas flores que conversan entre ellas y con otros seres que, a semejanza de ellas, presentan variado colorido y dan la impresión de estar al servicio de esas plantas. Aunque los niños no lo notan, el idioma en que hablan es muy distinto al de ellos, pero igualmente lo entienden.

Un extraño ruido a sus espaldas los hace estremecer. Temblorosos, se van dando vuelta lentamente y quedan boquiabiertos al verse cara a cara con unos seres que recuerdan a los enanos de los cuentos infantiles. Son de aproximadamente un metro treinta de estatura, cara y ojos muy redondos, de tez anaranjada, labios violáceos y tienen pelos como cepillos coronando sus cabezas. Van vestidos con jardineros, camisas y escarpines de una tela parecida al lienzo, que es de diferentes grosores según la prenda. Tras unos segundos de mirarse y estudiarse mutuamente, los recién llegados, con voces ásperas y chillonas, bombardean a los chicos con tantas preguntas que ellos no alcanzan más que a quedarse con las bocas abiertas, sin capacidad para articular palabras y con un pavor que les eriza los pelos de la nuca.

¿Cómo se enteraron los enanos de la presencia de los chicos? ¿De dónde vinieron?

En esta fantástica comarca, las raíces constituyen una red neuronal por donde viajan sutiles vibraciones. Es el lenguaje secreto de los seres que la pueblan, el lenguaje con que alertan de inminentes peligros a los enanos, guardianes de la Comarca. Ahora, Gael y Flor son la amenaza: así lo sienten las flores y los insectos y es el pedido de auxilio que reciben los enanos a través de los sensores de sus pies y los enanos, furiosos, se movilizan con rapidez.

Ya es de noche y, preocupados por la ausencia de Gael y Flor, los padres llaman a los celulares de los chicos. La desesperación llega cuando los móviles suenan muy cerca, desde arriba de una mesita del jardín. Roberto y Andrea, propietarios de las cabañas donde vacacionan las dos familias, se ofrecen para cuidar a Jazmín, la hermanita menor de Gael, a la vez que llaman a guardaparques rescatistas y a un par de baqueanos de un pueblo originario de la zona, ambos diestros conocedores de la topografía y de otras particularidades no difundidas de la zona. Fernando y Gabriela, padres de Gael, son de la partida al igual que Nicolás, el papá de Flor. Romina, su mamá, tiene un ataque de pánico. Le dan un tranquilizante y, al igual que la pequeña Jazmín, permanece en casa de Roberto y Andrea.

Equipados con linternas y acompañados por dos ovejeros alemanes, el grupo se pone en marcha. Los padres de los chicos, conmocionados, sólo atinan a llamar a gritos a sus hijos. Guardaparques y baqueanos inspeccionan exhaustivamente cada centímetro de terreno. Los perros encuentran las zapatillas y eso les da la pauta de estar en el camino recorrido por los chicos.

Llegados a un punto, uno de los baqueanos que además era chamán y rabdomante, notó una perturbación junto a un arroyito. Pidió silencio, hizo una rogativa en su propia lengua y ante el asombro de todos se abrió un portal energético. Con el chamán como guía, caminaron dentro de un túnel de luz azul turquesa que pronto los condujo al punto en que se hallaban Flor y Gael. La comarca se sumergió en su propia dimensión. La emoción y la alegría del encuentro colmaron los corazones de los humanos. Los canes, ansiosos por sumarse al festejo, lamieron amigablemente las manos de los niños que habían vivido una extraordinaria e inolvidable aventura.



Emilia-Romaña

Oscar Nieto

Desde la secundaria son alternativamente novios y ex novios.

Ella siempre estuvo clara. Quería ser mamá.

Él siempre estuvo claro. No quería ser papá.

Salvo por ese detallazo, cuando estaban juntos, fluían.

Ella se fue pudriendo de tener que cuidarse y de varios etcéteras.

Su picaflor es guardabosque. En el sur.

¿Fertilizará Margaritas allá?, se pregunta Emilia.

No entiende cómo ellas son tan fértiles y con un pajarito que va y viene volando se reproducen.

A ella, sin el suyo, solo le queda ser madre sola. Inseminación asistida.

IA!, pensó. Otra IA.

Ella se hizo instalar una tinyhouse de pocos pasos, a pocos pasos del destacamento.

Piensa que taza, taza, cada cual en su casa. Hace otra cosa. Van y vienen.

Siempre sostuvo ante quien le sacara el tema queriéndola escuchar, que tenía vocación de crecer en el medio. Más de una vez, incluso.

En su imaginario ya era una trucha con panza lista para nadar contra la corriente a desovar.

Contra cualquier corriente.

Vende las artesanías con flores de allí. Las aprendieron juntos, en El Bolsón, hace casi media vida.

Compra euros. Los junta. Uno a uno.

En su cabeza va armando su jugada.

Su cuarto de hora se está pasando. La biología sigue con sus propios planes.

En uno de esos espacios de tiempo en que la cama no era un lugar común, de regreso de un distanciamiento, le mostró el teléfono con la captura del alta médica. La vasectomía era un hecho consumado.

Hasta nuevo aviso él no sería padre y ella no tendría más pastillas, ni con él, hijos.

* * *

El día que cumplió treinta y nueve, compró el pasaje.

El día que por fin estaba en Ezeiza, entró el mensaje.

Otra captura de pantalla hablaba por él lo que tantas veces ya hablaron: vasovasostomia exitosa. Seminograma positivo.

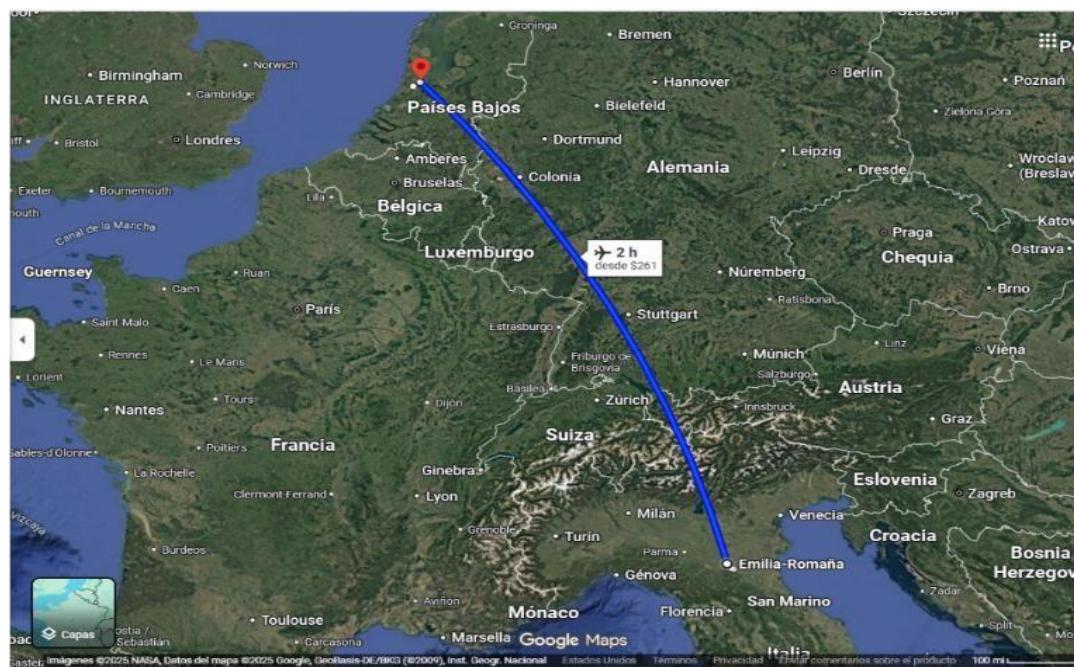
Las margaritas azules que desde la escuela había deshojado eran para saber si la quería o no, si se embarazaban o no.

Una de las dudas siempre tuvo respuesta.

La otra prescribió al despegar el avión.

En el cuadro de Van Gogh de su casa las ve azules. Cuando esté en Ámsterdam irá al museo a comprobar su color.

Gestará en Emilia-Romaña¹. Cerquita de sus raíces.



¹ Captura de Pantalla. La de ella.

Ella, entre todos

Sandra M. Sesma

Anuncian para hoy dieciocho grados. Bahía Blanca en septiembre se va vistiendo de esos colores que sólo el sol de primavera refleja; y a esta hora de la mañana ya tenía mucho en qué pensar. Si bien sabía que tenía que poner en orden algunas cosas, decidir qué hacer ya que el tiempo me miraba a corta distancia, amenazante, y señalando el reloj en su muñeca, no me dejé apabullar. Sucumbí a las caricias tibias del sol, al aroma a café del carrito apostado casi en el centro de la plaza y al pasto recién cortado. Me inundó la ansiedad por ver a los jacarandás teñirse de azul violáceo. Pero para eso tenía que esperar.

Ganó esa parte de mí que me consiente y ahí estaba, saboreando un café. cuando la vi, sentada casi en el extremo del banco a la sombra de unos de los robles y, a pesar de todo el barullo de esa hora, percibí alrededor de ella una burbuja de silencio. Como si una mano gigante apoyada en mi espalda me empujara suave, cálida pero firme, me acerqué y con un impulso casi desconocido en mí me senté a su lado. Pasaron segundos con una sensación de haber entrado en su espacio sin permiso pero la miré y me sonrió inclinando la cabeza con ese gesto de aceptación que sirvió como llave para poder curiosear en esa otra vida.

Irma se llama. Es de Puan. Vino a la ciudad de muy joven en busca de su destino, ochenta y dos años, yo le daba menos, y esa espontánea conversación me permitió asomarme a su vida. La observé mientras me hablaba, vi un sinfín de reflejos en sus ojos, por momentos chispeantes y pícaros cuando las anécdotas de su encuentro con el amor asomaban, de orgullo por lo logrado: familia, amigos, trabajo.

—Hace cinco años me diagnosticaron cáncer de mama —me dijo, y sus ojos reflejaron un brillo que solo las lágrimas dan. Fue un instante.

Se presentó la compostura disfrazando a la resignación mientras me contaba del diagnóstico, del proceso en su tratamiento, con subidas y bajadas como una montaña rusa. Absorta por su confianza para contarme de una manera breve pero profunda lo que la atravesaba, atiné sólo a abrazarla y nos quedamos ahí unos pocos segundos en un profundo silencio. Luego, paz en sus ojos y un reflejo de orgullo de haber vivido vida. Impactada y con algo de añoranza me levanté y le extendí la mano. Ella se incorporó, nos volvimos a abrazar y en un susurro me dijo *“muchas gracias y extensa vida”*.



Imagen generada con inteligencia artificial

Con aroma a jazmines

Silvia Sánchez

Una llovizna fina y fresca mojaba las baldosas del patio. Dia de fiesta para las ranitas de ojos grandes y patas saltarinas. El arco iris despierta de su siesta y extiende sus brazos multicolores. Las nubes cambian sus formas al ritmo del señor viento.

Adentro, el aroma a café con leche y tostadas, invita al disfrute de la merienda. Aunque todo parecía igual, para él, hoy era una tarde distinta. Bebió con apuro y se aseguró de no manchar su chomba azul, impecable, sobre la bermuda nueva color tiza.

—¿Qué hora es? —se preguntó Jonás.

El sonido del reloj, marcaba las cinco. Afuera, la lluvia crecía formando dibujos en las ventanas mientras el sol comenzaba a jugar a las escondidas en el cielo encapotado. “*No va a venir*”, pensó el joven, ansioso, que había imaginado durante muchas noches esa tarde.

Se animó a desafiar la tormenta y salió al encuentro deseado. La espera, en el umbral, con un ramito de jazmines que le compró su mamá.

El viento voló su gorra, que intentaba cubrir sus ojos enamorados.

Ella llega con su sonrisa bella como la luna, con su piloto rosa y su paraguas floreado.

Se abrazan con timidez porque no están solos.

Miradas maternales atestiguan ese encuentro.

En medio de la sala, los jóvenes cuchichean y hacen planes.

Afuera, ya no llueve.

Adentro, el hogar huele a jazmines y a promesas de amor.



Vínculo

Susana Ángela Alimonda

“Vínculo” es una relación entre partes. Me vinculo con Bahía Blanca a través de tres etapas a lo largo de mi vida. En la etapa de mi niñez, viajo a la ciudad con mi madre, paseamos por O’ Higgins, compramos en Gath y Chávez, visitamos algún parente... el viaje despierta en mí ansiedad, inquietud, curiosidad.

En mi época estudiante, el vínculo se agranda. Camino sola hacia la universidad, conozco calles, acuño amigos nuevos —algunos hoy presentes y otros ausentes, desaparecidos—. Época maravillosa, llena de ilusiones y expectativas.

El tercer período es el de afincamiento. Transito junto a mi familia, conozco barrios, disfruto de los parques de Bahía Blanca, de la ría y de sus atardeceres.

El vínculo se estrecha, se funde, transformándose en pertenencia. Ahora me siento parte de la ciudad.



Imagen: La Nueva.

Plenitud

Telma Costa

La soledad iqué paz! Mañana especial, me acompaña el mate, mi reposera ¡Ah! Y lo principal, una hoja en blanco que me provoca a escribir. Invadida plácidamente por la fragancia de las manzanillas silvestres, escucho los pájaros y aprecio sus trinos, en especial, el del zorzal anunciándome el nuevo día y el comienzo de la primavera. Recibo de él un presagio de buenos augurios. Naturaleza sabia ¡Cuánto verde! Y los árboles, generosos, que me prestan su sombra como un manto de ternura, haciéndome sentir que estoy en una etapa fantástica de mi vida, con un entorno soñado.

Lo necesitaba. No sé si esto es meditar, mi mente está atenta, la brisa me susurra historias que mi alma ansía. Nada me preocupa, es más, siento que tengo TODO ¡La vida es maravillosa! El tiempo se detiene, vivo el momento, soy consciente de ello. Es como si el aire nos limpiara las telarañas, como si pudiéramos quedarnos suspendidos en el espacio con los ojos cerrados sin ir a ningún lado, pero sí nos ayuda a llegar a alguna parte.

Cuando parta, porque seguro algún día lo haré, deseo que sea de esta manera: con mucho amor y mucha serenidad, en este mi lugar favorito, bajo la higuera que siempre me cobija devolviéndome la calma que a veces pierdo.

—Querida higuera, parece que percibís mis estados de ánimo. Abrazo tu tronco, siento tu energía, ¿cómo sos tan fuerte?

—Porque busco la luz aferrando mis raíces en la tierra —me contesta, con esa serenidad imperturbable que le viene de siglos en sus genes.

—Sabés que estoy en esa búsqueda. A veces me faltan fuerzas para seguir —digo, exponiendo una debilidad que muy ocasionalmente me asalta.

—Aquí estoy siempre, Telma, sin prisa, esperándote para prestarte las mías cuando las necesites. Quiero que sepas que no estás sola.

—Amiga incondicional de la vida, gracias por tanta generosidad.

Por todo esto, ¿qué más puedo pedir?



Una buena noticia

Viviana Buossi

El Porvenir dejó de tener futuro cuando cerró la estación del tren. Sus nueve pintorescas manzanas se llenaron de pálidas casas y los cuidados jardines crecieron desordenadamente. En la plaza central, un San Martín desolado extrañaba la risa de los niños.

Los empleados del ferrocarril se fueron con él. Los jóvenes emigraron a la ciudad más cercana en busca de trabajo, o estudio, o amor. Los comerciantes, ante la falta de consumidores, cerraron y se marcharon a zonas más pobladas. Otros se reinventaron, y hay quienes la siguen remando.

Los que quedamos, hemos estrechado nuestros lazos y nos convertimos en una pequeña gran familia.

—¿Esta tarde nos vemos en la iglesia? —La voz aguda de Elvira extirpa de mi pecho la nostalgia de tiempos pasados.

—¡Por supuesto! —No me perdería la radionovela que nos reúne todos los sábados. Creo que a ninguno de nosotros nos interesa la trama del culebrón, pero es una excelente excusa para juntarnos cuando baja el calor, tomar un fernet y disfrutar de una abundante picada campera.

Esa tarde en particular el calor no se quería ir. En el entreacto, las noticias. Algunos aprovecharon para reabastecer sus bebidas y otros nos disponíamos a estirar las piernas. Pero algo que escuchamos nos congeló. Una voz con fritura radial recitaba:

—Simón Pascucci, único ganador de la lotería.

¡Don Pascucci! No lo podíamos creer. Salimos a la calle y nos abrazamos entre todos. El viejo nonagenario no tenía familia, y seguro compartiría su fortuna con el pueblo.

—Como delegado municipal, me comprometo a traer las máquinas viales para arreglar las calles. También reacondicionaré las casas desocupadas para promover el turismo rural.

—Mi esposo y yo podríamos comprar una nueva amasadora. La nuestra hace un ruido raro, ya no da más —Matilde, la panadera, lo dijo con timidez.

—Desde que mi esposo... mi ex esposo nos dejó, la casa se vino abajo. Las nenas y yo no podemos arreglar el techo, pero ahora podría contratar a alguien que lo haga.

—Por una módica paga, les corto el pasto, revoco y pinto paredes, y arreglo techos —se apuró a decir Favio, quien hacía más de una década había dejado de ser un soltero codiciado y aún no lo sabía.

—¿Alcanzará para poner un molino eólico? —No podía faltar la opinión de Silvina, la ecologista, vegana, frutariana... y no sé cuánto más.

Poco a poco, las ideas se convirtieron en delirios.

—Podríamos tener todos un auto nuevo.

—¿Para ir a dónde?

Tan sumidos estábamos en nuestros planes, que no nos dimos cuenta de la ausencia de la persona más importante: don Simón Pascucci no había salido a festejar con nosotros. Y la sospecha cambió nuestro semblante y arrasó con nuestro humor.

—¡Viejo de mierda, seguro se quiere quedar con toda la plata! —Al parecer, la vegana mostró sus colmillos.

—Nunca se llevó bien con nadie.

—Es un mal arriado, nunca saluda.

—¡Viejo amarrete!

El fresco aire de la tardecita se fue calentando a la par de nuestros ánimos.

—Vayamos a su casa. Quiero ver con qué cara nos niega la plata.

Caminamos con decisión hasta la esquina y a los pocos metros nuestros pasos se tornaron más vacilantes y lentos. Nos detuvimos un instante frente a una puerta celeste, que antes fue verde, que antes fue de madera natural. Se veían las tres capas, como si hubiera sido arañada por mil gatos. Las paredes no estaban en mejores condiciones: pintura en algunos sectores, revoque en otros, y el resto eran ladrillos pelados.

Abrimos lentamente la raída puerta e intentamos ver adentro. Nuestros ojos luchaban contra la semipenumbra del lugar. Se escuchaba la radio y algún moscardón terco contra la ventana. De cara al artefacto y de espaldas a nosotros estaba el viejo, sentado en su único sillón. Su calva asomaba por encima del respaldar cual luna llena. A su derecha, apoyado contra la mesita, el oscuro bastón.

—¿Nos habrá oído?

—Nah, está re sordo.

—Acerquémonos despacio, para no asustarlo.

Ya frente a él, el lúgubre escenario nos transformó en protagonistas de una comedia negra.

Don Pascucci estaba apretando el billete de lotería contra su pecho, con sus dedos largos y crispados, sus ojos bien abiertos, y una sonrisa estancada en su cara.

Casi no hubo velorio, simplemente lo enterramos y volvimos cabizbajos a nuestra rutina.

Dos metros bajo tierra, don Simón Pascucci seguía sonriendo.



Índice

Prólogo	Pág. 5
Burbujas (Adolfo Etulain)	Pág. 6
Paseo soñado (Alba Amarilis Márquez)	Pág. 8
Él (Analía Estévez)	Pág. 9
Emilia y su hija (Ana Gladys Faunquen)	Pág. 12
Historia de un soñador (Autora Anónima)	Pág. 14
Infancia (Carlos Alberto Teves)	Pág. 16
Pérdidas (Claudia Feliú)	Pág. 18
Sorpresa (Cora Mendoza)	Pág. 20
La madreselva (Cristina Cantamutto)	Pág. 22
El río lleva muchos años herido (Gabriela Alejandra Torre)	Pág. 24
Suave gorjeo (Julia Ester Semper)	Pág. 28
Pasó en diciembre (Laura Monzón)	Pág. 29
La tesis de Cacho (Luz Nely Chavez)	Pág. 32
El padre lo hizo (Marcela Bringue)	Pág. 34
Mi niña Guerrera (María Cecilia Ballesteros)	Pág. 36
El secreto (María del Carmen Brion)	Pág. 38
Una tarde en que el hambre trajo esperanza (María Griselda Rebollo)	Pág. 41
Feliz encuentro (Nelly del Carmen Gómez Vargas)	Pág. 43
Vacaciones inolvidables (Nilda Schavinsky)	Pág. 45
Emilia-Romaña (Oscar Nieto)	Pág. 48
Ella, entre todos (Sandra M. Sesma)	Pág. 51
Con aroma a jazmines (Silvia Sánchez)	Pág. 53
Vínculo (Susana Ángela Alimonda)	Pág. 55
Plenitud (Telma Costa)	Pág. 56
Una buena noticia (Viviana Buossi)	Pág. 58

E N C U E N T R O S
D E
P A L A B R A

¡Gracias por leernos!

“Encuentros de palabra. Colección de historias
escogidas  PAMI”.

Editado en Bahía Blanca. Diciembre de 2025.